

Bibliografía: AVP, III, pp. 313-391; Peter BERGLAR, *Josemaría Escrivá. Leben und Werk des Gründers des Opus Dei*, Köln, Adamas, 2005; Josef FRINGS, *Für die Menschen bestellt. Erinnerungen des Altbischofs von Köln*, Köln, Bachem, 1973, pp. 149-150; Enrique GUTIÉRREZ RÍOS, *José María Albareda*, Madrid, Magisterio Español, 1969; Álvaro DEL PORTILLO, *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, Homilias y otros escritos*, Madrid, Rialp, 1992; Barbara SCHELLENBERGER, "Das Studentinnenheim Müngersdorf - eine Initiative des heiligen Josemaría: 1957-1966", *SetD*, 5 (2011), pp. 53-76; Rolf THOMAS, *Josemaría Escrivá begegnen*, Augsburg, Sankt Ulrich, 2010.

Ana María QUINTANA GONZÁLEZ

ALMA SACERDOTAL

1. El alma sacerdotal del cristiano. 2. Alma sacerdotal y mentalidad laical. 3. María Santísima, modelo para el alma sacerdotal del cristiano.

San Josemaría vivió de manera singular la identidad con Cristo que predicó para todo sacerdote y para todos los bautizados. "¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental" (AIG, p. 70). Su existencia fue una vida sacerdotal en íntima identificación con los sentimientos de Cristo. Todos sus gestos estaban penetrados de afán mediador: interceder continuamente a Dios por las almas, acercarse y acercarlas, una a una, al amor paterno de Dios invitándolas a penetrar en las riquezas insondables de la vida cristiana.

Contemplaba a la Iglesia como el conjunto de los fieles cristianos llamados todos a la santidad, en orgánica conjunción de dones y funciones, jerárquicamente estructurada –sacerdocio ministerial y sa-

cerdocio común–, que había de continuar en el tiempo la misión redentora y santificadora de Jesucristo, Cabeza de su Cuerpo Místico (cfr. LG, 7-8). Se sintió urgido a dar a conocer esta verdad capital: "He predicado constantemente esta posibilidad sobrenatural y humana, que Nuestro Padre Dios pone en las manos de sus hijos: participar en la Redención operada por Cristo" (AD, 263).

Las enseñanzas del fundador del Opus Dei giran alrededor de nociones específicamente sacerdotales: mediación, salvación de las almas, sacrificio. Y la universalidad de la llamada a la corredención, que está en la entraña misma de su mensaje, brota como consecuencia de la claridad y precisión teológica y jurídica con que plantea la igualdad radical de todos los fieles cristianos en la Iglesia, fundamentándola en su aspecto más profundo: la identificación con Cristo que conlleva la participación en su misión redentora, cada uno según su propia vocación y sus específicas circunstancias.

1. El alma sacerdotal del cristiano

Para comprender el contenido que tiene la expresión "alma sacerdotal" en la predicación de san Josemaría, parece necesario hacer referencia a sus enseñanzas sobre el sacerdocio común, donde encuentra su fundamento.

Esta doctrina, elaborada a partir de las fuertes expresiones de la Sagrada Escritura (cfr. Ex 19, 5-6; Is 61, 3-6; Rm 12, 1; 1 P 2, 4-5, 9-10; Flp 2, 5; Ap 1, 5-6) y de los Padres, es una constante en sus escritos. Tiene matices en gran parte originales como fruto de la hondura con que medita sobre el misterio de la Redención y de su carisma fundacional: abrir en la Iglesia un camino de santidad, de "almas contemplativas en medio del mundo" para santificar –redimir– el mundo desde dentro.

a) *El sacerdocio común de los fieles, fundamento del alma sacerdotal*

Desde los inicios de su actividad pastoral, san Josemaría subraya, con un convencimiento persuasivo, que Dios ha querido hacer partícipe al cristiano del carácter pleno y definitivo del sacerdocio de Cristo, para seguir manteniendo su presencia redentora entre los hombres: “¡Siempre Cristo que pasa! Cristo, que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos” (ECP, 71). Por el Bautismo todos los fieles participan en el sacerdocio de Cristo y están llamados a compartir sus sentimientos, su afán de almas, su entrega redentora que ha de manifestarse en todos los ámbitos de la vida: la familia, el trabajo, las relaciones sociales. “La gran misión que recibimos, en el Bautismo, es la corredención” (ECP, 120). El sacerdocio común es, pues, el sacerdocio de la propia vida, de modo que el cristiano, todo cristiano, está habilitado para ofrecer su propia existencia como “hostia agradable” a Dios (Rm 13, 1; 1 P 2, 5).

El único Sacerdocio de Cristo puede ser participado de otra manera en virtud del sacramento del Orden, que da origen al sacerdocio ministerial por el que el sacerdote queda configurado de modo específico con el Sumo Sacerdote y puede obrar en la persona de Cristo-Cabeza, confiriendo los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. La diferencia entre ambos sacerdocios no es de grado, sino de esencia (cfr. LG, 10; DEL PORTILLO, 1990, pp. 42-43). Los demás fieles están incorporados a Cristo por el Bautismo, pero no tienen potestad para actuar *in persona Christi Capitis*. El poder que confiere el Orden sacerdotal no lo poseen los fieles laicos que se encuentran ante lo que san Josemaría llamaba de modo gráfico *el muro sacramental*. “La función santificadora del laico tiene necesidad de la función santificadora del sacerdote, que administra el sacramento de la Penitencia,

celebra la Eucaristía y proclama la Palabra de Dios en nombre de la Iglesia” (CONV, 69). Hay, por eso, una íntima relación entre ambos sacerdocios, que se presuponen y complementan en el contexto de la común llamada a la santidad y al cumplimiento de la misión de la Iglesia. “Dios Nuestro Señor nos ha llamado a todos a la plenitud de la caridad, a la santidad (...). Ni como hombre ni como fiel cristiano el sacerdote es más que el seglar” (AIG, pp. 68-69, 72), sólo es diverso el modo de participar del sacerdocio de Cristo.

Al explicar la doctrina teológica del sacerdocio común, san Josemaría no se limita a exponer teóricamente esta verdad, sino que mueve a situar la totalidad de la existencia bajo el impulso de ese sacerdocio, convirtiendo la vida entera en oración, sacrificio, culto a Dios. En sintonía con san Pablo afirma: “Se comprende, hijos, que el Apóstol pudiera escribir: *todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios* (1 Cor 3, 22-23). Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor. Y para que quedara claro que –en ese movimiento– se incluía aun lo que parece más prosaico, San Pablo escribió: *ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Cor 10, 31)” (CONV, 115).

En este contexto emplea la expresión *alma sacerdotal* para expresar la disposición habitual de ejercer la propia participación en el sacerdocio eterno de Cristo. Es un impulso interior que impregna el ser y el actuar del cristiano de sentido apostólico y corredentor. “Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer *víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo*, para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre” (ECP, 96).

De modo semejante a como el alma es forma del cuerpo, el alma sacerdotal debe informar todos los instantes y la entera actividad de la existencia cristiana. Como en la vida de Cristo todas sus acciones estuvieron penetradas del afán redentor que lleva en su corazón, el alma sacerdotal, que participa de esos mismos sentimientos, tiene un vivo sentido del pecado y de la necesidad de la expiación, así como de la llamada a convertir toda la vida en alabanza a Dios, en unión con Cristo y su Sacrificio del Altar. La gracia del Espíritu Santo trae consigo todas las virtudes necesarias que permiten fructificar en obras el sacerdocio espiritual recibido en el Bautismo: la fe proporciona claridad para que la actividad diaria –trabajo, relaciones familiares y sociales– se convierta en lugar de encuentro con Dios; la caridad urge a hacer de la propia vida ofrenda y servicios; y la esperanza lleva a difundir en todo momento la alegría propia del que se sabe hijo de Dios y heredero del cielo.

“Mirad: la Redención que quedó consumada cuando Jesús murió en la vergüenza y en la gloria de la Cruz, *escándalo para los judíos, necedad para los gentiles* (1 Cor 1, 23), por voluntad de Dios continuará haciéndose hasta que llegue la hora del Señor. No es compatible vivir según el Corazón de Jesucristo, y no sentirse enviado, como Él, *peccatores salvos facere* (1 Tm 1, 15), para salvar a todos los pecadores, convencidos de que nosotros mismos necesitamos confiar más cada día en la misericordia de Dios. De ahí el deseo vehemente de considerarnos corredentores con Cristo, de salvar con Él a todas las almas, porque somos, queremos ser *ipse Christus*, el mismo Jesucristo y Él *se dio a sí mismo en rescate por todos* (1 Tm 2, 6)” (ECP, 121).

Es significativo, tanto de la radicalidad con que profundizó en la doctrina del sacerdocio común, como de su valoración de la mujer, el hecho de que algunas de sus afirmaciones más netas en este sen-

tido estén dirigidas precisamente a mujeres: “Vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal”, afirmó unas horas antes de dejar esta tierra (26-VI-1975, citado en DEL PORTILLO, 1976, p. 22), y en otra ocasión cercana en el tiempo se expresó de modo semejante: “Yo en el altar, soy Cristo, no soy Josemaría. Tú eres mujer, pero tienes también alma sacerdotal, lo dice San Pedro: vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa... y lo dice a hombres y a mujeres, a todos los cristianos: por tanto eres *ipse Christus*, el mismo Cristo” (*Catequesis en América*, I, 1974, p. 587: AGP, Biblioteca, P05).

b) *Alma sacerdotal e identificación con Cristo*

Los dos textos que acabamos de citar, en los que se afirma que el cristiano debe ser no ya “*alter Christus*, sino *ipse Christus*” (ECP, 104), ponen de manifiesto la interna relación entre alma sacerdotal e identificación con Cristo. Esta identificación tiene una raíz sacramental que san Josemaría recordó con claridad en diversas ocasiones. “El cristiano –escribe– se sabe injertado en Cristo por el Bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a obrar en el mundo por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo; hecho una sola cosa con Cristo por la Eucaristía, sacramento de la unidad y del amor. Por eso, como Cristo, ha de vivir de cara a los demás hombres, mirando con amor a todos y cada uno de los que le rodean, y a la humanidad entera” (ECP, 106).

Pero esa base o raíz sacramental debe redundar en la vida. El cristiano debe dejar que la vida de Cristo “se manifieste en nosotros” (ECP, 104), porque “Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes” (ECP, 174). Para ello es necesario conocer y amar a Cristo, tener sus mismos sentimientos. “El cristiano debe –por tanto– vivir según la vida de Cristo, haciendo

suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, *non vivo ego, vivit vero in me Christus* (Ga 2, 20), no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí” (ECP, 103). Y precisa: “para ser *ipse Christus* hay que mirarse en Él. (...) hay que aprender detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas (...). Así nos sentiremos metidos en su vida” (ECP, 107), “porque hemos de reproducir, en la nuestra, la vida de Cristo, conociendo a Cristo” (ECP, 14).

El cristiano configurado con Cristo, que “acepta que en su corazón habite Cristo” (ECP, 183), participará también de su misión, de modo que “en todo su que-hacer humano se encontrará –bien fuerte– la eficacia salvadora del Señor” (*ibidem*). “No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con Él una sola cosa. Ésta es la razón de su venida al mundo: *por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo, rezamos en el Credo*” (ECP, 122). Y del mismo modo, en el cristiano no puede haber ninguna actividad que no esté impregnada de ese afán redentor, porque “abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención” (ECP, 183).

c) *La santa Misa, punto decisivo de referencia para el alma sacerdotal*

“Gracias al Bautismo y la Confirmación, el pueblo sacerdotal se hace apto para celebrar la liturgia” (CCE, n. 1119). La primera manifestación del alma sacerdotal es amar el Santo Sacrificio de la Misa, donde el cristiano une su sacrificio al de Jesucristo, Sacerdote y Víctima, y –por Él,

con Él y en Él– presenta al Padre todas sus obras y la creación entera. “Con alma sacerdotal, haciendo de la Santa Misa el centro de nuestra vida interior, buscamos nosotros estar con Jesús entre Dios y los hombres” (*Carta 11-III-1940*, n. 11: AGP, serie A.3, 91-6-1).

San Josemaría aconsejó renovar en la santa Misa el ofrecimiento de la propia vida y de la actividad diaria para que, al ser asumidas por Cristo, reciban valor redentor. La vida de los fieles unidos a Cristo por la gracia es toda ella verdadero culto espiritual, pero sus actos de culto interior se consuman cuando en la santa Misa unen sus vidas al Sacrificio de Cristo cuando, uniéndose a cuanto está realizando el sacerdote *in persona Christi*, se ofrecen ellos mismos y su vida entera. Es esa ofrenda vivencial del Sacrificio del Altar, de la celebración litúrgica, la que permitirá vivir con alma sacerdotal durante la jornada entera: “Si vivimos bien la Misa, ¿cómo no continuar luego el resto de la jornada con el pensamiento en el Señor, con la comezón de no apartarnos de su presencia, para trabajar como Él trabajaba y amar como Él amaba?” (ECP, 154).

d) *Alma sacerdotal y amor a la Cruz*

Tener alma sacerdotal implica amor a la Cruz, anhelo de difundir por todas partes el fuego de amor que Cristo ha venido a traer a la tierra (cfr. Lc 12, 49), afán de almas, urgencia por la salvación de todos los hombres, deseo de llevar a Cristo hasta el último rincón de la tierra: “El Señor ha confiado en nosotros para llevar almas a la santidad, para acercarlas a Él, unirlas a la Iglesia, extender el reino de Dios en todos los corazones” (ECP, 11). Y hacerlo con actitud sacerdotal. Es propio del alma sacerdotal experimentar un vivo sentido del pecado, que mueve a la expiación, al sacrificio alegre, en una entrega que enseña a ver en todos los acontecimientos, también en los dolorosos, una fuente de vida, de gracia y de paz.

e) *Alma sacerdotal y vida ordinaria*

En conformidad con el núcleo de su mensaje –la santificación en medio del mundo– el fundador del Opus Dei subrayó la necesidad de que el alma sacerdotal impregnara toda la actuación del cristiano. “No me cansaré de repetir (...) que el mundo es santificable; que a los cristianos nos toca especialmente esa tarea, purificándolo de las ocasiones de pecado con que los hombres lo afeamos, y ofreciéndolo al Señor como hostia espiritual, presentada y dignificada con la gracia de Dios y con nuestro esfuerzo” (ECP, 120). “Mientras desarrolláis vuestra actividad en la misma entraña de la sociedad, participando en todos los afanes nobles y en todos los trabajos rectos de los hombres, no debéis perder de vista el profundo sentido sacerdotal que tiene vuestra vida: debéis ser mediadores en Cristo Jesús, para llevar a Dios todas las cosas, y para que la gracia divina lo vivifique todo: *con mucho gusto gastaré cuanto tengo y me entregaré a mí mismo por las almas* (2 Co 12, 15)”. En esa línea se refiere al trabajo: “En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación” (CONV, 55). En efecto, “al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora” (ECP, 47). “Este es nuestro sitio: dentro de estos límites; aquí hemos de gastarnos diariamente con Él, ayudándole en su labor redentora” (AD, 49), de forma que el trabajo se convierte en altar de la ofrenda de la propia existencia a Dios (cfr. ECP, 96).

2. Alma sacerdotal y mentalidad laical

La secularidad es una dimensión de la Iglesia que deriva del misterio del Verbo Encarnado: siguiendo sus pasos, el cristiano corriente está presente en el mundo

para santificarlo y llevarlo a Dios. El mundo es el lugar en el que Dios le ha puesto para santificarse, para encontrarse con sus hermanos los hombres, para ponerle a Él en la cumbre y en la entraña de todas las actividades humanas (cfr. F, 678). Por eso el cristiano ama el mundo y todo empeño humano noble. Y se siente llamado a cumplir una específica tarea. Esa perspectiva provoca lo que san Josemaría llamó mentalidad laical.

Alma sacerdotal y mentalidad laical aparecen así como expresiones y realidades complementarias. El alma sacerdotal hace referencia a un espíritu, que debe informar todas las acciones. La mentalidad laical alude más bien a un estilo, a un modo de actuar, a un temple de alma (cfr. ILLANES, “Iglesia en el mundo: la secularidad de los miembros del Opus Dei”, en OIG, p. 237). De ahí que se invite a poner en práctica la misión del cristiano con *mentalidad laical*, con la mentalidad propia de quien vive en el mundo y tiene como encargo divino sobrenaturalizarlo, divinizarlo: “Con mentalidad plenamente laical, ejercitáis ese espíritu sacerdotal, al ofrecer a Dios el trabajo, el descanso, la alegría y las contrariedades de la jornada, el holocausto de vuestros cuerpos rendidos por el esfuerzo del servicio constante. Todo eso es *hostia viva, santa, grata a Dios: ése es vuestro culto racional* (Rm 12, 1)” (*Carta 6-V-1945*, n. 27: AGP, serie A.3, 92-4-2).

San Josemaría exhorta, en suma, a ejercitar el alma sacerdotal con mentalidad laical, de forma que la entera existencia se convierta en oración y en sacrificio, sin desnaturalizarla, respetando la autonomía de las diversas realidades terrenas y conduciéndolas, desde dentro de ellas mismas, a Dios. De ese mismo modo, alma sacerdotal y mentalidad laical llevarán a descubrir y a vivir la sabiduría sobrenatural y humana que se precisa para saber estar en el lugar que a cada uno le corresponde en el mundo.

3. María Santísima, modelo para el alma sacerdotal del cristiano

Santa María ha recibido una alta participación en el sacerdocio de Cristo, de rango eminente e intransmisible, en razón de su maternidad divina y de su misión de Madre y Tipo de la Iglesia (cfr. LG, 63). La santísima y siempre virgen María fue corendentora en todos los momentos de su vida, también en los ordinarios y sencillos. “Los textos de las Sagradas Escrituras que nos hablan de Nuestra Señora, hacen ver precisamente cómo la Madre de Jesús acompaña a su Hijo paso a paso, asociándose a su misión redentora, alegrándose y sufriendo con Él, amando a los que Jesús ama, ocupándose con solicitud maternal de todos aquellos que están a su lado” (ECP, 141)

Su colaboración humilde, discreta y eficazísima en la tarea redentora, “contenta de estar allí, donde la quiere Dios” (ECP, 148), es la mejor esperanza para quienes desean seguir las huellas que ha dejado Cristo Redentor: “María nos muestra que esa senda es hacendera, que es segura” (ECP, 176).

Voces relacionadas: Cruz; Fieles Cristianos; Mentalidad laical; Sacerdocio común.

Bibliografía: AIG, *passim*; Antonio ARANDA, “*El bullir de la Sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; Manuel BELDA - José ESCUDERO - José Luis ILLANES - Paul O’CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo. Actas del simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá (Roma, 12-14 de octubre de 1993)*, Madrid, EUNSA, 1996; Arturo CATTANEO, “Alma sacerdotal y mentalidad laical”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 34 (2002), pp. 164-182; Ángel GARCÍA IBAÑEZ, “La Santa Misa, centro y raíz de la vida del cristiano”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 28 (1999), pp. 148-165; Javier ECHEVARRÍA, “Josemaría Escrivá de Balaguer, Sacerdote para servir a todos”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa*

Cruz y Opus Dei, 14 (1992), pp. 134-139; Lucas FRANCISCO MATEO-SECO, “Temas teológicos en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá sobre el sacerdocio ministerial”, *ScrTh*, 34 (2002), pp. 169-194; Fernando OCÁRIZ, *Hijos de Dios en Cristo. Introducción a una teología de la participación sobrenatural*, Pamplona, EUNSA, 1972; María Mercedes OTERO, “El «alma sacerdotal» del cristiano”, en Pedro RODRÍGUEZ - Pio G. ALVES DE SOUSA - José Manuel ZUMAQUERO (dirs.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50 aniversario de su fundación*, Pamplona, EUNSA, 1985², pp. 293-317; Álvaro DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid, Palabra, 1991⁶ aum.; *Id.*, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, Madrid, Cuadernos de Mundo Cristiano, 6, 1976; Pedro RODRÍGUEZ, “«Omnia traham ad meipsum». El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer”, *Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 13 (1991), pp. 331-352, también en *AnTh*, 6 (1992), pp. 5-34; *Id.*, “Sacerdocio ministerial y sacerdocio común en la estructura de la Iglesia”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 4 (1987), pp. 162-176.

María Mercedes OTERO TOMÉ

AMIGOS DE DIOS (libro)

1. Elaboración y contenido. 2. Características principales. 3. Difusión.

Amigos de Dios, segundo volumen de homilias publicado por san Josemaría –el primero fue *Es Cristo que pasa* (1973), a cuya voz en este Diccionario nos remitimos–, vio la luz en Madrid en 1977, a los dos años y medio del fallecimiento de su autor. Se trata, pues, de una obra póstuma, y es la primera suya de estas características entre las que ya han sido editadas. Ocupa entre éstas el séptimo lugar, justamente detrás de *Es Cristo que pasa*, con la que guarda una estrecha semejanza por razón de estilo, finalidad y contenido. Si aquella ayuda al lector a penetrar con profundidad en el contenido teológico y espiritual de los misterios de la fe, y a establecer sobre ese firme fundamento su

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.